

mujeres, oímos música, nos paseamos por las calles de la ciudad, cometemos asesinatos fantásticos, nos condolemos, nos reímos y participamos en una apoteósica fiesta para despedir el siglo xx en la que se reúnen toda clase de especímenes, algunas rara avis y otros simples y llanos habitantes de esta ciudad donde la rumba ha sido reina.



Por la manera en que se narra, la búsqueda del padre le da a la novela un cierto tono psicológico y, a la vez, policivo. Llama la atención que en los últimos tiempos he encontrado dos novelas que abordan este tema: *Demasiados héroes* (2009), de Laura Restrepo, y ésta de Sandro Romero. Tal vez se trata de que —como lo enunciaba una amiga cercana, productora de un excelente programa de opinión en señalcolombia— en nuestro país hay que mirar con detenimiento el fenómeno del no padre, es decir, el hecho de que aquí la mayoría de las personas no tiene padre, bien porque éste se ha ido (lo han matado, se ha largado de la casa, nadie sabe bien quién es, etc.) o porque aún estando es abandonado (prefiere a sus amigos que la vida del hogar, es alcohólico, tiene varias familias, no sabe ni siquiera en qué año del colegio están sus hijos, etc.). En todo caso, esta búsqueda, que es el eje de la novela tal y como la leí, se desenvuelve en dos sentidos: uno que es el de la pregunta interna por el padre, el deseo profundo de conocerlo, de aprehenderlo, y otro el relato policiaco en el que sobresale el hu-

mor y la ironía. En definitiva, Daniel Vasco no encuentra al padre pero se encuentra un poco a sí mismo.

El relato de las peripecias de Daniel en la búsqueda del padre no es contado por una sola voz y tampoco es lineal. Aunque en alguna página el narrador omnisciente proclama que de este libro no va a poder hacerse una película, no es de extrañar que por su formación el autor utilice recursos que provienen de la cinematografía: los *flashbacks*, los *flashforwards* y los intercortes para mencionar sólo algunos. Todos estos recursos técnicos le dan a la novela un sabor lejano al clásico, fragmentado, en el que el lector mismo debe reconstruir la historia.

Así mismo, en la novela reseñada se detecta un deleite con el lenguaje: juegos de palabras, diálogos locos y bien contruidos, en algunas ocasiones algo de verbosidad que no llega a incomodar del todo, referencias hipertextuales y toda clase de artificios que enriquecen el texto y le dan un tono juvenil que puede resultar muy apropiado para adolescentes... De nuevo, esto no es peyorativo... De cierta manera, algunos escritores colombianos que he leído (Andrés Caicedo el maestro de estas artes; Germán Silva Pabón y Francisco Montaña para mencionar sólo los que se me vienen ahora a la cabeza) abordan temáticas adolescentes desde una mirada adolescente que bien podrían ser buenos abrebocas para introducir a los jóvenes al precioso arte de la literatura (¡a ver si algún día salimos de una vez para siempre de Harry Potter!).

En *El miedo a la oscuridad* hay varios libros, varios cuentos, muchas voces masculinas y femeninas, algunas preguntas profundas y, en general, un material que resulta muy legible y que se aparta de la gloriosa tradición del realismo mágico de nuestro mejor escritor y plantea una narrativa novedosa en la que Colombia, con sus desvaríos y locuras, no puede estar ausente: “Allá afuera el mundo no va a cambiar nunca porque en Colombia nada cambia ni nada se transforma el mundo se revuelca para que todo siga igual”.

Pero igual no será con la narrativa y aunque nada cambie para siempre, hay que estar atentos a los nuevos narradores como Sandro Romero que aportan novedosas perspectivas a nuestra literatura del siglo xxi.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

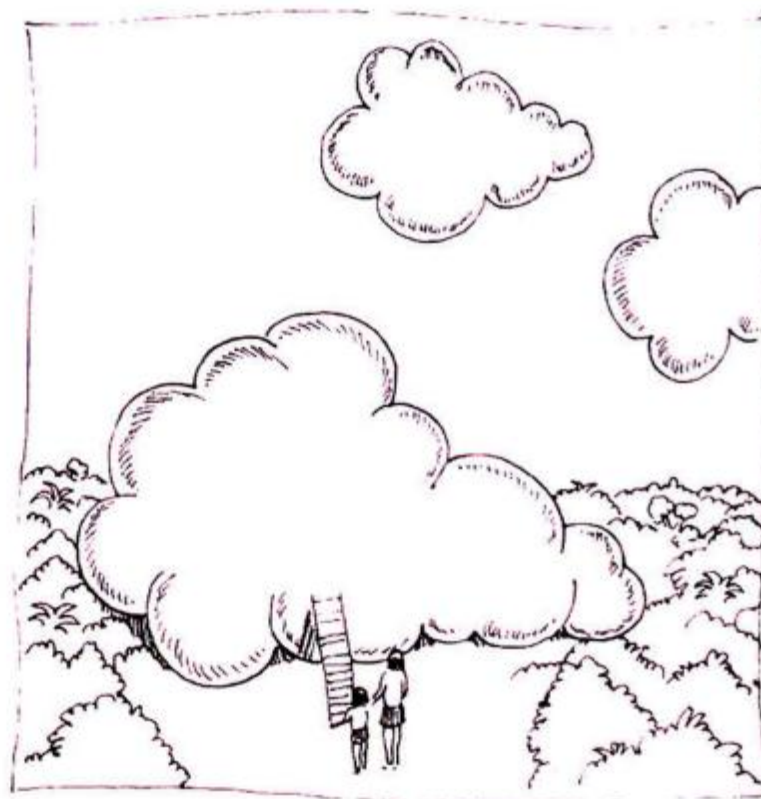
Una novela con método, pero perdedora

Hotel Pekín

Santiago Gamboa

Seix Barral, Bogotá, 2008, 220 págs.

Santiago Gamboa estudió Literatura en la Universidad Javeriana de Bogotá y Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid. Algunas de sus novelas como *Perder es cuestión de método* (1997) y *Vida feliz de un joven llamado Esteban* (2000) han sido traducidas a varios idiomas, recibido buena crítica y leídas con gusto. Gamboa recorre el mundo de las letras alternando el oficio de periodista.



Nació en 1965, se mueve en la actualidad entre ese espacio del joven talento que ya no es tan joven y entra a una generación intermedia en la que necesita mostrar todo su talento y tenacidad para seguir ya no

como promesa, sino como escritor que se consagra.

La crítica lo ha apoyado, sus novelas tienen aire, sus personajes están muy bien logrados y al contrario de muchos colombianos de moda, el tema —esa tuerta visión del país— no es simplemente recrear las bajas pasiones del narcotráfico, la vida del guerrillero o los vales de la clase media en ascenso y la corrupción política.

Gamboa es un narrador con humor, gran lector, muy formado, agudo y capaz de ver más allá de la simple sensación. El oficio de escritor es y será siempre un oficio complejo, doloroso, que quizá ofrece recompensas algunas veces, pero expuesto a la picota pública llega a ser descarnado e ingrato.



La historia de *Hotel Pekín* parte en un vuelo de la United Airlines desde Nueva York. Un colombiano radicado en los Estados Unidos por avatares de la vida y convicción, se ha alejado de sus raíces para darle paso a la nueva figura, de modesto Francisco Munévar, oriundo de un país tercermundista, poco a poco se reacomoda como el sonoro y exitoso Frank Michalski, que va a Pekín en viaje de negocios:

Haciendo un breve resumen de su vida, podríamos decir que Francisco Munévar llegó a Nueva York a principios de los ochenta a estudiar Ciencias Políticas y que

se fue quedando con el paso de los años. Había nacido y crecido en Bogotá, más exactamente en el barrio Teusaquillo [...] [pág. 11]

Cursa economía, hace su doctorado mientras vende pizzas a domicilio y películas de horror hasta llegar a ser colaborador de la revista *Latino's*, desde la cual alcanza a entrar, por supuesto por la puerta chica, a *Enhancing the Future...*

[...] Primero fue archivero nocturno de biblioteca, luego 'formador suplente' por horas y después 'formador de planta', pedestal desde el cual escaló posiciones, cual trucha que remonta el río a punta de esfuerzo [...] [pág. 11]

Cree a pie juntillas en el modelo estadounidense, el resto del mundo debe plegarse a éste, Michalski es arribista y un poco tonto y pretencioso, pero está convencido y por supuesto tiene tesón.

[...] tiró al suelo su vieja piel de inmigrante y se convirtió en ese Frank Michalski exitoso y moderno que, de algún modo, la misma Pat había diseñado. Vinieron viajes, proyectos en países por fuera del circuito normal, cursos de idiomas no convencionales, incursión en actividades como el yoga, la meditación trascendental y los restaurantes ayurvédicos [...] [pág. 13]

De esta manera empezamos a ver al personaje central, las piezas se tiran sobre la mesa y en las primeras quince páginas, siguiendo un precepto de manual literario, se consolida el personaje central que requiere de su antípoda.

Sentado a su lado, en el vuelo que parte de Nueva York a Pekín, se encuentra un viejo periodista. El idealista, aparentemente inteligente y culto, el viejo zorro romántico y a la vez descreído que busca historias más allá de la simple noticia inmediata. Busca historias para *Selecciones*, es decir, tampoco está muy alejado de la parafernalia del joven

ejecutivo que se ha tragado el cuento del modelo estadounidense.

No sé si a usted le interese la verdadera razón de mi viaje, pero igual se la voy a contar, pues tenemos muchas horas por delante. Se trata de lo siguiente: a lo largo de mi vida, en mis múltiples viajes y experiencias por el mundo, he ido elaborando una teoría sobre los asuntos humanos. Es cierto que los periodistas nos ocupamos de la actualidad, pero yo he notado que las historias ejemplares que a mí me interesan, los dramas que resultan ser más representativos de la condición humana, ocurren en los lugares donde los ojos del mundo están puestos, pero no en el epicentro [...] [págs. 15-16]

El yin inicia pues una conversación con el yang. La casualidad los aloja en el mismo hotel y el lugar perfecto para reunirse es el bar, repleto de turistas ajenos, un lugar de paso sin sabor local, terreno neutral. Entre *whisky* y *whisky* se exponen las tesis, encantos y desencantos.



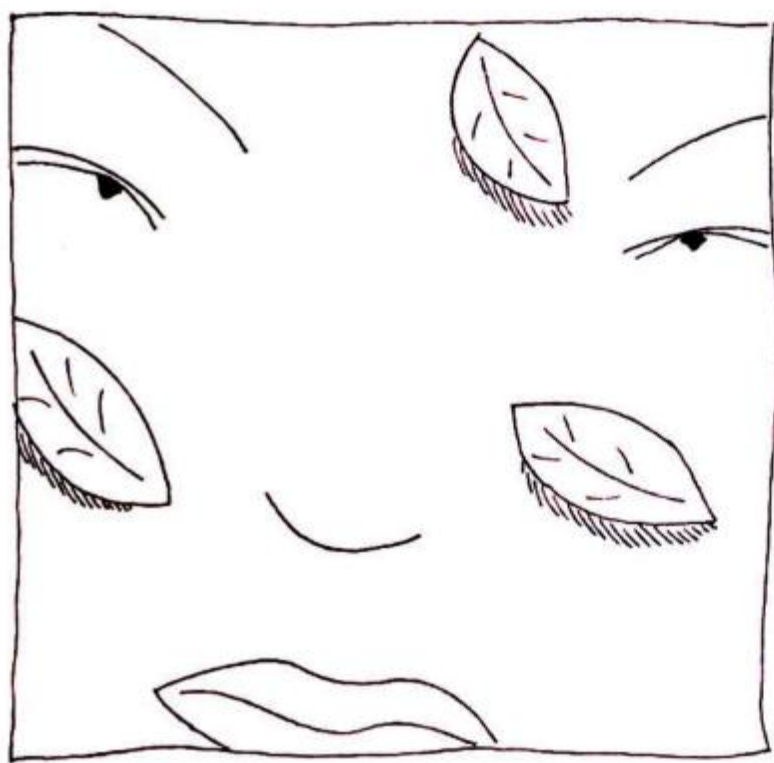
Y en la mitad el chino. El ejecutivo próspero que sabe bien a dónde va y de dónde viene. El tradicionalista, respetuoso, que cree en la fuerza de su país y en la capacidad de su gente. El anciano venerable capaz de manejar con guantes de seda al joven impetuoso.

Hasta la mitad, aunque la novela está muy bien escrita, es legible, amable, casi se convence al lector de que Gamboa lo va a llevar a lo

inusitado, que no se fía de la necesidad de una estructura ligada a lo convencional, que tal vez los personajes no se van a traicionar, que el chino va a seguir apegado a su tradición, el periodista es aberrado y Michalski pierde el puesto por pendejo. Pero no. Parece que el autor está siguiendo un manual; un personaje central y su antípoda, la simbiosis y traición a los ideales y convicciones, el arrepentimiento y la visión de la puerta de salida.

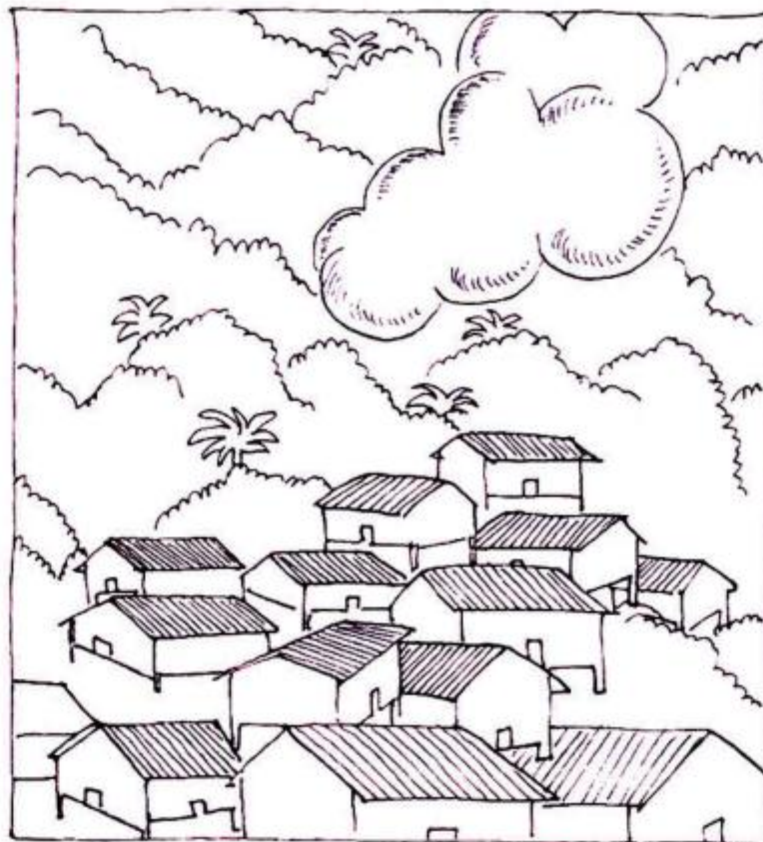
Da la impresión de que se trata de un ejercicio de creación o de la estrechez de la imposición de las detestables láminas para colorear en las cuales se debe seguir el número que corresponde a un color específico para que el hermoso papagayo no pueda ser —si a uno se le antoja— sólo negro, o la ardilla, verde esmeralda y con rayas doradas.

El personaje central, convencido de que va a convertir a la China, se arrepiente y necesita replantearse; el viejo zorro, quien señala en un mapa lugares llamativos, que cae en bares y recorre la ciudad con ojo de narrador, se da cuenta de que nada vale la pena, y el oriental, ejecutivo prestante, chino hasta la médula, con la paciencia propia de los integrantes de esta cultura y recién llegado a la ciudad, acomodado pero asceta y fiel a la tradición, no lo es tanto y está interesado en los lujos y en visitar e imitar a los estadounidenses.



El lado humano de cada uno de ellos parece ser lo único que se mantiene y sale a flote cuando se requiere de una respuesta más animal.

A veces los escritores se dejan presionar por las editoriales que exigen novelas como los ejecutivos exigen balances o los sastres alfileres. El ejercicio de escritor es descarnado y duro y cuando los textos salen a la luz pública siempre habrá quién juzgue, opine, malinterprete o pretenda señalar y renombrar.



La lectura es agradable, el humor fino y, por supuesto, Gamboa es un excelente narrador. Los diálogos fluyen y la tensión se mantiene, se cobra afecto por los personajes, algunos prefieren seguramente al viejo aventurero y respetuoso, que al arribista que tiene la lección del *self made man* tan aprendida, o al viejo chino con la familia perfecta protegido en su finca por la Muralla China. La conversación es entretenida y los metarrelatos duran el tiempo justo.

La lectura puede ser una sensación o generarla, pero el ideal es que llegue más allá y logre ser más que la simple cuestión de piel, más una impronta que una aguada bien lograda. No convence la lectura de la China, ni la crítica a los estadounidenses ni al mundo globalizado; es, desde el encuentro de los mundos, obvia y evidente la futura transformación, el lector se anticipa al desenlace sin dudar y cuando cae el telón, las manos quedan vacías.

Extraño a Esteban y a la impronta que dejó el detective de *Perder es cuestión de método*; añoro más pasión, profundidad, más fuerza, más riesgo y me sobra la obviedad del fi-

nal. Pero no es una lectura perdida, pues, insisto, Gamboa es excelente narrador y un escritor talentoso.

JIMENA MONTAÑA
CUELLAR

Agustín Lara según el Gato Sullivan

María del alma

Pilar Tafur y Daniel Samper Pizano
Random House Mondadori, Bogotá,
2007, 238 págs. + CD-ROM

El volumen que bajo el título *María del alma* han dado a la imprenta sus autores, Pilar Tafur y Daniel Samper Pizano, como “melodrama novelado de la vida de Agustín Lara”, esquivaba otra descripción que mejor define al libro. Se trata de una biografía novelada del compositor y cantante mexicano que los autores elevan a la condición del mito pero en clave de melodrama, por así decirlo. Nos relatan que Agustín Lara nació en Tlacotalpan, Estado de Veracruz, México, el 30 de octubre de 1900. Aunque los autores, que manejan, a su lado otra fecha y lugar, 30 de octubre de 1897, Ciudad de México, no dan por sentada ninguna de las versiones enunciadas. Nada de lo que hay que preocuparse, afirma el narrador, porque “todo es parte del gran mito”. Hemos dicho “el narrador” y no los autores, porque entre éstos y aquél se establece una diferencia fundamental. Como es sabido a partir del estructuralismo francés esa diferencia se ha vuelto canónica. El narrador, nos han dicho los estructuralistas franceses, un ser hipotético, teórico, es un delegado del autor a quien éste presta su propia voz para que relate la historia que nos van a narrar. Así, por ejemplo, aunque el autor sea uno solo, el narrador del *Quijote* no es el mismo que el de *Galatea*, como el